

cual debemos vivir, á fin de conseguir nuestro último fin, esas virtudes sobrenaturales son tanto y más necesarias que las virtudes puramente naturales ó humanas. "La virtud, dice Santo Tomás, perfecciona al hombre y lo hace capaz de actos que están en relacion con su felicidad. Ahora bien, hay para el hombre dos especies de felicidad ó beatitud; la una proporcionada á su naturaleza de hombre á la cual puede llegar por sus fuerzas naturales, más no sin el auxilio de Dios, *non tamen absque adjutorio divino*; la otra superior á la naturaleza, á la cual no puede llegar el hombre más que por las fuerzas divinas, por ser ella cierta participacion de la naturaleza misma de Dios. Como los elementos constitutivos de la naturaleza humana no pueden elevar al hombre á esta segunda beatitud, se hace necesario que Dios sobreañada nuevos elementos, capaces de conducir al hombre á la beatitud sobrenatural, como los elementos naturales lo conducen á una beatitud natural (1)."

Todos estos elementos se comprenden bajo la palabra *gracia*, la más profunda, sin disputa, y la más bella de la lengua religiosa. Ahora bien, á la cabeza de las virtudes nacidas de la gracia, forman las tres teologales: fé, esperanza y caridad. Primeras expansiones de la vida divina, nos ponen, cual conviene, en relaciones sobrenaturales con Dios nuestro último fin y objeto inmediato de las mismas. (2).

La fé deifica la inteligencia puesta en posesion de algunas verdades sobrenaturales que la luz divina le hace conocer. La esperanza deifica la voluntad, dirigiéndola hácia la posesion del bien sobrenatural conocido por la fé. La

1. *S. Thom.*, l. 2, q. 64, art. 4.

2. Dicuntur theologice, tum quia habent Deum pro objecto, in quantum per eas recte ordinamur in Deum; tum quia á solo Deo nobis infunduntur; tum quia sola divina revelatione in sacra Scriptura hujusmodi virtutes traduntur. *Id.*, *id.*

caridad deifica el corazon, llevándolo á la union con el bien sobrenatural conocido por la fé y deseado por la esperanza. (1)

Más el cristiano no solamente debe vivir en relaciones sobrenaturales con Dios, sino tambien consigo mismo, con sus semejantes y con la creacion entera. ¿Cómo llenará esta obligacion? Del principio de vida sobrenatural que en sí mismo tiene salen necesariamente, como un nuevo retoño, las cuatro grandes virtudes morales; prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Decimos necesariamente; la razon es, porque Dios obra con la misma perfeccion en las obras de la gracia que en las de la naturaleza. Pues bien, no se encuentra en las obras de la naturaleza un solo principio activo que no vaya acompañado de los medios necesarios para el cumplimiento de los actos que le son propios. Así, siempre que Dios crea un sér cualquiera, lo provee de los medios necesarios para cumplir aquello á que es destinado. Pero es una verdad, que la caridad, predisponiendo al hombre á su último fin, es el principio de todas las buenas obras que á él conducen. Es necesario, pues, que sean infundidas juntamente con la caridad, y que de la caridad salgan todas las virtudes necesarias al hombre para cumplir sus deberes no solamente con Dios, sino tambien con la criatura. (2)

Siendo las cuatro virtudes morales como el quicio sobre

1. Et primo quidem, quantum ad intellectum adduntur homini quaedam principia supernaturalia; quae divino lumine capiuntur, et haec sunt credibilia, de quibus est *fides*. Secundo vero est voluntas quae ordinatur illum finem et quantum ad motum intentionis in ipsum tendentem, sicut in id quod est possibile consequi, quod pertinet et ad *spem*. Et quantum ad unionem quandam spiritualem per quam quodammodo transformatur in illum finem quod fit per *charitatem*. *id.*, *id.*, art. 3.

2. *Vigier, Instit.*, &c., c. XIII.

que *giran* las relaciones del hombre con todo lo que no es Dios, han recibido el nombre de virtudes *cardinales*. (1) Y esto con razon; pues por ellas están animados, dirigidos, informados sobrenaturalmente nuestros pensamientos, nuestras afecciones y nuestros actos en el orden doméstico y en el orden social. La primera es la prudencia. Esta madre de las virtudes morales á las que dirige, como una madre dirige á su hijas, se define: *Una virtud que en todas las cosas nos hace conocer y hacer lo que es honesto y huir de lo deshonesto*. (2) Esta definicion, admitida igualmente por la filosofía y por la teología, muestra que sin la prudencia no hay virtud moral.

“En efecto, dice Santo Tomás, vivir bien es obrar bien. No basta conocer lo que debe hacerse; es menester conocer tambien la manera de hacerlo. Esto supone la eleccion discreta de los medios. A su vez esta eleccion, refiriéndose al fin que se quiere conseguir, supone un fin honesto y los medios convenientes de llegar á él; cosas todas que pertenecen á la prudencia. Si faltan, ya no hay virtud. La precipitacion, la ignorancia, la pasion, el capricho, vienen á ser el móvil de las acciones; la virtud misma se convertirá en vicio. Sin la prudencia, pues, no hay virtud posible. (3)

1. Loco naturalium principiorum conferentur nobis á Deo virtutes theologice quibus ordinamur ad finem supernaturalem Secundum quandam inchoationem quantum scilicet ad ipsum Deum immediate; unde oportet quod per alias virtutes infusas perficiatur anima circa alias res; in ordine tamen ad Deum. *S. Th.*, l. 2, p. 63. art. 3.

2 Prudentia recta agendorum ratio, seu virtus, qua in quovis occurrente negotio, noscimus quid honestum sit, quid turpe; seu quid agendum, ut honestum, et quid fugiendum, ut inhonestum. *Ferraris. Bibliothek.*, art. *Virtus*, n. 97.

3. Unde virtus moralis sine prudentia esse non potest, l. 2, q. 58, art. 4; et q. 57, art. 5.—Tolle discretionem, et virtus vitium erit. *S. Bernard.*, *serm.* 40 *super Cant.*

Saquemos de aquí, cuán regio regalo hace el Espíritu Santo al alma dándole la prudencia en el Bautismo y desarrollándola en la Confirmacion. Aprendamos tambien la necesidad continua que tenemos de esta virtud, que se aplica á todo. Distínguese la prudencia en personal, que enseña á cada cual la manera de cumplir con sus deberes para consigo mismo, para con su alma y su cuerpo; en *doméstica*, que enseña al padre á dirigir su familia; en *politica*, que enseña á los reyes á gobernar los pueblos de modo que los guien al fin para que Dios los crió; en *legislativa*, á la cual deben los legisladores el poder hacer leyes equitativas y reglamentos saludables.

La prudencia, hija de la gracia y enemiga de la prudencia de la carne, de la astucia, de la mentira, del fraude y de la demasiada solicitud de las cosas temporales, es gloria exclusiva de los habitantes de la Ciudad del bien. Ella los hace felices; y si el mundo actual marcha de revolucion en revolucion, si todo en él es descontento, inestabilidad, fiebre de oro y de placeres, debe atribuirse á la pérdida de la prudencia cristiana y al reinado de la prudencia satánica.

La segunda virtud moral que brota de la gracia, como el fruto brota del árbol, y llega á su madurez con el sol de la Confirmacion, es la justicia. *La justicia es una virtud que hace dar á cada uno lo que es suyo*. (1) La justicia sobrenatural, ilustrada por la prudencia, respeta ante todo los derechos de Dios. Dios, propietario inmutable de todo, tiene derecho á todo y sobre todo; por consiguiente, tiene derecho al culto interior y exterior del hombre y de la sociedad. Aquí la justicia se manifiesta en la virtud de la

1. *Justitia est constans et perpetua voluntas jus sum unicuique tribuendi. Communitis apud Theol.*

religion, que comprende la adoracion, la oracion, el sacrificio, el voto y el cumplimiento fiel de los preceptos relativos al culto directo del Criador.

La justicia respeta los derechos del prójimo, rico ó pobre, débil ó fuerte, inferior ó superior. El mundo le es deudor de que acabara la explotacion del hombre por el hombre, el infanticidio, la esclavitud, el despotismo brutal, que pesó sobre todos los pueblos ántes de la redencion, y pesa todavía sobre todas las naciones que no han recibido los beneficios del Evangelio. Enseña tambien al hombre á que se respete a sí mismo, su alma con sus derechos, su cuerpo con los suyos, su vida, su muerte y hasta su tumba. Enseñale, en fin, á respetar las criaturas, gobernándolas con equidad, es decir, en conformidad con su fin; con espíritu de dependencia, como bienes ajenos; con temor, como quien ha de dar cuenta del uso que de ellos haga. ¡Oh! Imaginad lo que seria el mundo bajo el imperio de la justicia sobrenatural!

La tercera virtud sobrenatural es la fortaleza. Sin ella, la prudencia y la justicia serian letra muerta; pues no basta conocer el bien, ni siquiera quererlo; es necesario tener valor para ponerlo por obra. Este valor es hijo de la fortaleza. *La fortaleza es una virtud que tiene al alma en equilibrio entre la audacia y el temor.* El acaudado peca por exceso, el meticuloso por defecto, el fuerte ocupa un medio entre ambos (1). La fortaleza tiene dos oficios, activo y pasivo: con el primero, arrostra los peligros por cumplir con el deber; con el segundo opone la paciencia á la adversidad.

Son hijas de la fortaleza la magnanimidad, la confianza,

1. Fortitudo est mediocritas inter audaciam et timorem constituta. *Apud. Ferraris., Biblioth., etc., art. Virtus; n. 120.*

la serenidad, la constancia, la perseverancia, la resignacion, la actividad. Toda esta familia, que es sobrenatural por la gracia, eleva el carácter del hombre á su más alto grado de nobleza, al mismo tiempo que en la vida privada y en la pública, engendra los hechos admirables que sin cesar se admiran desde que el Espíritu Santo, derramado por el mundo, los ha hecho tan comunes. ¿Habrá necesidad de decir, que por razon de las circunstancias presentes, la fortaleza debe ser la gran virtud de los cristianos? Fortaleza para contraponer el número, la grandeza y la santidad de sus obras á las iniquidades del mundo; fortaleza heroica para resistir á los ataques excepcionales que se les dirigen; fortaleza para sufrir los ultrajes inauditos que se prodigan á todo lo más sagrado y más querido que tienen.

La cuarta virtud cardinal es la templanza, que es *una virtud que regula el comer y el beber, reprime la concupiscencia y modera los placeres de los sentidos* (1). La templanza, igualmente que sus tres hermanas, es madre de noble y numerosa familia. La sobriedad, la abstinencia, la castidad, la continencia, la virginidad, el pudor, la modestia, la clemencia, la humildad y la amabilidad son hijas suyas. Téngalas un hombre, y ese hombre será el tipo de la belleza moral, la personificacion del orden.

Ilustrada el alma por la prudencia, regida por la justicia sostenida por la fortaleza, impera sobre el cuerpo, y sus mandatos exactamente ejecutados apartan todo lo que degrada á la naturaleza humana. Lejos del hombre temperante la glotonería, la embriaguez, la crápula, la impureza,

1. Temperantia est virtus refrenans ac moderans inordinatos appetitus et concupiscentias, ac voluptates corporis, quibus praesertim gustus et tactus afficitur circa sculenta, poculenta et venerea. *Ferraris., ubi. supra, n. 130.*

la loca prodigalidad, el ruinoso lujo, los placeres seductores, en una palabra, la vergonzosa esclavitud del espíritu bajo el despotismo de la carne.

Tal es la cuarta virtud, á que el Espíritu Santo comunica nueva energía en la Confirmacion. Dígase ahora si la templanza, en todas sus aplicaciones, es una virtud necesaria al cristiano moderno condenado á vivir en medio de un mundo, esclavo todo él de la intemperancia.

Aunque en muchos casos es muy difícil distinguir entre lo natural y lo sobrenatural, entre la razon y la gracia, ese doble motor de los actos humanos, como dice Santo Tomás; sin embargo, hay distincion real, admitida constantemente por la teología católica y fundada en el principio incontestable de las dos vidas que tiene el cristiano. Vida puramente natural, como criatura destinada á un fin natural, y provista de los medios de conseguirlo. Vida sobrenatural, como hijo adoptivo de Dios, destinado á un fin sobrenatural y provisto de los medios de conseguirlo; vida sobrenatural, imperiosamente obligatoria para todos los hombres en el orden actual de la Providencia.

De aquí resulta, que la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, son tambien virtudes naturales infusas, pero hay gran diferencia entre estas y la prudencia, justicia, fortaleza y templanza sobrenaturales. Diferencia en cuanto á su principio: las primeras proceden de la razon; las segundas de la gracia. Diferencia en cuanto al fin: las primeras nos ponen en relaciones naturales y puramente humanas con su objeto; las segundas en relaciones sobrenaturales y divinas. Diferencia en cuanto á la eficacia: las primeras son inútiles para la salvacion; las segundas nos conducen á ella. Diferencia en cuanto á su dignidad: las primeras se dirigen por las luces de la razon; las segundas por las luces del Espíritu Santo: las primeras hacen el hom-

bre honrado; las segundas hacen el cristiano. Pues entre el hombre honrado y el cristiano hay la misma diferencia, que entre el insecto que se arrastra por el polvo y el ave que vuela por el espacio.

Un solo rasgo nos lo dará á entender. La templanza natural ó filosófica, por ejemplo, se limita á reprimir la concupiscencia en la comida y la bebida, de modo que se eviten todos los excesos capaces de perjudicar á la salud y perturbar la razon; es como la infancia de la virtud. La templanza sobrenatural va más lejos. Lleva al hombre á castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre por la abstinencia en el comer, en el beber y en todo lo que puede alhagar los sentidos. Es la verdad de la virtud, la consolidacion del orden por la subordinacion completa de la carne al espíritu y del espíritu á Dios: Lo mismo pasa con las demás virtudes (1).

Conocemos la diferencia entre las virtudes naturales, y las sobrenaturales. ¿Pero en qué se diferencian estas últimas de los dones del Espíritu Santo? Esta cuestion es sin disputa una de las más importantes que debemos tratar. Resuelta con claridad, arroja gran luz sobre la naturaleza de las operaciones sucesivas con que el Espíritu Santo desarrolla en nosotros el ser divino; mientras el encadenamiento que las une sin confundirlas hace resaltar brillantemente la accion necesaria de cada una. Consagraremos los capítulos siguientes á estudiar este maravilloso trabajo cuyo conocimiento pondrá en nuestros labios la exclamacion del profeta: "Admirable es Dios en sus santos y santo en todas sus obras (2)."

1. *S. Th.*, 1. 2, q. 63, art. 4.

2. *Ps.* 67. 68.